

LA CASAMENTERA.

Por Manuel Larios.

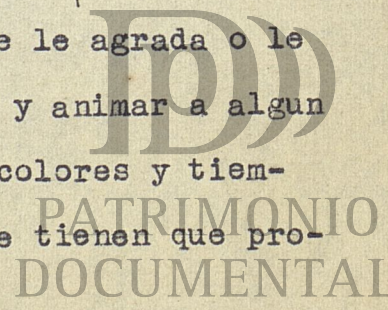
Entre los tipos que mas se destacan del fondo del cuadro moral de la sociedad, uno de los que mas han llamado siempre mi atención ha sido la casamentera, o corredora de voluntades por otro nombre. Ser casamentera es casi un oficio para algunas mujeres; pero oficio doméstico, de familia, aunque sus tendencias vengán a ser al fin sociales. Considerada bajo este aspecto bien puede el escritor de costumbres dirigir a ella su lente microscópico y presentar al lector el resultado de sus observaciones.

Es la casamentera unas veces una mujer extraña a la familia con quien vive, pero que habiendo caído en desgracia fué recogida por ella y no encuentra otro modo de pagar los servicios recibidos que empleando los suyos en favor de las niñas. Otras, pertenece a la misma familia y es por lo regular soltera, jamaona, de esas que habiendo totalmente perdido las esperanzas de colocación se consuelan o entretienen el tiempo que tantas señales de despotismo dejara en su persona, buscándosela a las jóvenes que mas de cerca le interesan. No quiere decir esto que todas las solteronas que se han pasado se dediquen a casar voluntades; no señor: unas se convierten en beatas y se dan golpes de pecho en una semana encerradas en un aposento que oraciones han podido rezar en la época de sus conquistas; otras se vuelven envidiosas y persiguen de muerte con su odio al hombre que dirige sus requiebros y aspiraciones a cualesquiera

otras mujeres que no sean ellas; otras desbaratan, si es preciso, una boda solo porque los novios no buscaron su influjo para hacerla. Pero ninguna de estas quiero por ahora tocar. Están tan erizadas de espinas que no sabría por donde cogerlas: límitome a mi casamentera solterona y a la madre casamentera, que ellas solas, presentándolas por su orden, me darán material suficiente para entretener un rato a mis lectores.

Todos los que en el mundo vivimos, cual mas cual menos, tenemos nuestro poco de egoismo; tratamos siempre de sacar alguna utilidad de nuestro comercio social. La casamentera solterona es tal vez la única que trabaja para otro sin obtener provecho alguno para si de su oficio: todo su trabajo redunda en beneficio de un tércero, o una tercera, que es lo mas probable siempre. Ella nada utiliza, cuando sucede muchas veces que el buen resultado de un negocio matrimonial se debe únicamente a sus constantes afanes: no le queda mas que la satisfacción interior del que vé coronada una obra que se había propuesto llevar a cabo.

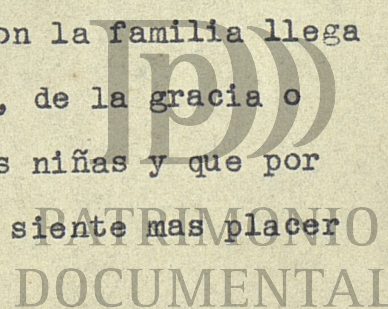
La casamentera conoce por supuesto el carácter de cada una de las muchachas que quiere establecer mejor que la madre misma: conoce a fondo sus gustos, sus inclinaciones; sabe tambien cual puede hacer por sí sola una conquista y llevarla a feliz término, cual la que necesita que la ensayen y preparen antes con algunos consejitos acerca del modo con que ha de portarse cuando se encuentre en presencia del jóven que le agrada o le hace la corte; de que manera ha de insinuarse y animar a algun mancebito de esos que se ponen de veinte mil colores y tiemblan y sienten calofríos a la sola idea de que tienen que pro-



• nunciar la palabra amor, y se mueren veinte veces primero que se atrevan a atreverse: conoce tambien cual es la que necesita no solo de advertencias, sino de ayuda además cuando llega a verse frente a frente con la plaza que se quiere rendir. Demás está decir que le es absolutamente preciso estudiar hasta saberse de memoria a cada uno de los jóvenes que visitan la casa, a los que mas distinciones reciben de las niñas y a los que mas aceptables son mirados bajo cualquier concepto ventajoso en que un hombre puede ser un buen partido para una mujer. Esto depende de la educación, del roce en la sociedad y de las aspiraciones mas o menos elevadas de una niña. La casamentera, en fin, tiene que penetrar a fondo el corazón y los mas mínimos caprichos de los que juegan en un teatro en el cual representa ella el papel de apuntador, papel el mas importante, del que depende principalmente el mejor éxito de una obra, no obstante estar oculto para el espectador.

Aunque haya tres o cuatro niñas en la familia, siempre hay una a quien la casamentera atiende con mas predilección. Esto depende de ciertas circunstancias y merece una explicación: que remos presentar el tipo que hoy ha tocado a nuestra pluma bajo todas sus faces, y lo perseguiremos en todas sus emboscadas a fin de qué pueda reconocerlo el lector donde quiera que lo encuentre; mejor dicho, para que pueda facilmente descubrir el resorte por medio del cual se mueven ciertas muchachas.

Cuando del trato continuo de algún joven con la familia llega a observarse que gusta mas de la conversación, de la gracia o de cualquiera otra circunstancia de una de las niñas y que por esta razón, sin que por eso sea su enamorado, siente mas placer



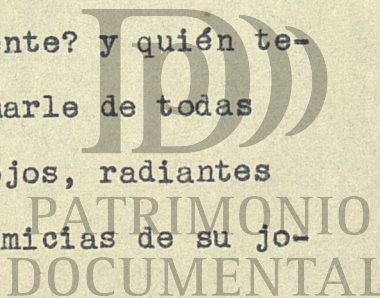
PATRIMONIO DOCUMENTAL

en dirigirle a ella <sup>más</sup> a menudo la palabra que a las otras y la distingue sobre las demás; si este joven puede prometer alguna utilidad, la casamentera que no perdona medio ni ocasión de ejercer su oficio humanitario, empieza desde luego a prestar su apoyo a la muchacha preferida y a poner en acción con ella todos los recursos de su arte. Ya desde entonces no abandona un momento a la niña; siéntase siempre a su lado, principalmente en el estrado, a fin de oír mejor las palabras que le dirija el amigo que quiere ella convertir en un miembro más inmediato de la familia; observa el efecto que en aquella causan, por indiferentes que sean y estudia el giro que pueda darse a cualquier conversación que sostenga para llevarla al punto resbaladizo en que trata de colocarlos. De aquí partirán sus consejos cuando ambas esten solas. Cuando lo considera absolutamente preciso tercia en la conversación, agarra por los cabellos la más mínima frase de galantería que el joven dirija a las muchachas; hace creer a esta que va en ella envuelto un doble sentido de amor embozado; le apunta como quien no quiere la cosa el modo con que ha de responderla, o la vuelve ella misma, si conoce que conviene mejor. El joven que pasa por fino, no quiere perder su reputación de tal; dirige a aquella otra palabra más dulcesita y otra y otras más tiernas que solo son dictadas por la galantería, pero que la casamentera hace recibir como hijas de una pasión encubierta. De este modo y repitiendo sus golpes un día y otro día sin dejar respirar la víctima, (la víctima en este caso es el hombre), empieza poco a poco a interesar el corazón del más impresionable de los dos.

Otras veces sucede que se enamora una de las niñas de la ele-

gancia; del físico, de la travesura de un joven, o quizá de alguna circunstancia verdaderamente recomendable, lo cual no es lo mas frecuente; pero no se lo demuestra porque las preocupaciones, las costumbres, o la sociedad, cualquiera que sea, poco importa en este momento, mandan que la mujer ahogue en el fondo de su corazón sus sentimientos amorosos antes que descubrirlos la primera. La casamentera sabe el secreto de la niña, bien porque la haya sorprendido valiéndose de sus mañas, o porque se lo haya confiado y ya la tiene usted prefiriéndolo a las demás, tendiendo como la araña su red al galán, que en estos casos hace el papel de la mosca y retirándose a observar.

Sabe que noches, a que hora acostumbra el galán hacer sus visitas y cuanto tiempo: hace sentar a la jóven en el lado mas desocupado del estrado y deja una silla vacía entre ambas para que la ocupe el preferido. Promueve ella misma la conversación sobre el amor, pinta la monotonía de la vida del soltero y hace resaltar el placer del hombre que se vé amado por una tierna virgen que le dedica todos sus suspiros, todos sus pensamientos, todos los latidos de su corazón: expresase con fuego y hasta con ternura acerca de la felicidad que deben experimentar dos jóvenes almas que se comprenden, que se aman, que se adoran, los mira a ambos... calla... y su silencio dice mas que cuantas palabras pudiera añadir. ¿Quién no se inflama de amor y entusiasmo al oír de este modo expresarse a una mujer a quien su estado mismo la hace ser mas elocuente? y quién teniendo tan cerca de sí una niña que puede colmarle de todas esas satisfacciones no vuelve hacia ella sus ojos, radiantes de amor y ternura, pidiendo le conceda las primicias de su jo-



ven corazón? Los dos jóvenes, aunque no sea mas que por su edad, tienen un alma sensible; la chispa que la casamentera ha sabido arrojar en ellos de seguro que prenderá; y sino ahí está ella, que no abandona un momento su presa, que la persigue, que la acecha sin piedad, implacable en su idea como lo es en sus pasiones la mujer cuando no tiene el freno suficiente que da la educación para dominarse. No haya miedo que se le escape; si no le bastasen esos arbitrios ya apelará a otros, nunca le faltan para conseguir su intento. Malo es que una mujer se proponga casar a un hombre, porque tarde o temprano se sale con la suya: es preciso que sea él muy despierto, que tenga suficiente despreocupación para que llegue a comprender que todos los obsequios que se le dispensan no son porque se los merezca, sino por ver si de ese modo puede mejor doblegarse a la coyunda nupcial.

La casamentera apela a los paseos, a los juegos de prendas, a las retretas; ¿ã qué no apela la casamentera? Aprovecha todas las ocasiones en que los dos jóvenes puedan estar juntos. Si salen a pasear hace que vayan los dos del brazo y que las demas sean por otros acompañadas, para que queden con entera libertad. Aunque no haya mas hombre que él atropellará todos los miramientos, despreciará el que dirán y le obligará a que vaya solo con la niña; poco importa esto; cuando las circunstancias son apremiantes es preciso arrostrar por todo. Una vez solos los dos no se han de poner a rezar: otra clase de oraciones, inspiradas por otro Dios que no es el que fué crucificado, sino por el que suele a veces mas que crucificar a los miseros mortales, serán las que murmurarán sus labios.

La niña, advertida por las lecciones que haya recibido, sabrá si debe por algunos días detenerse en el capítulo de las esperanzas a fin de avivar mas la pasión naciente; si le conviene irritar la vanidad del cuyo con las dificultades que sepa crear, o si ha de empezar desde luego concediendo el amor que <sup>se</sup> le pide. Esto depende de los sentimientos, del mayor o menor grado de delicadeza que en <sup>el</sup> galán haya tenido buen cuidado de estudiar antes la casamentera para proceder con mayor acierto.

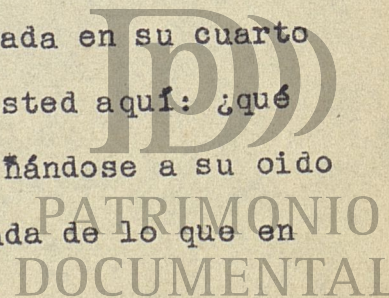
Tanto se buscan las oportunidades de que la niña vea al que quieren darle por amante y de que el jóven se encuentre y hable con la que se interesen en enagenársela como esposa, sin pensar lo él muchas veces, que poco puede una casamentera si no logra que al cabo se busquen ellos por sí solos, se extrañen, deseen el momento de estar juntos, se acerquen uno a otro sin que un tercero los impulse y acaben por creerse enamorados, sin estarlo, solo por la costumbre de verse y de dirigirse mutuamente palabras que han creído impregnadas de amor y ternura, palabras buenas, que si no hubiera habido una interesada que las provocase y les diese una interpretación que tal vez no tenían, ni se habrían siquiera vertido y aunque así hubiera sucedido, no habrían tenido quizas mas valor que el que se dá a otras muchas que se sueltan a cada momento y que solo son admitidas y pasan como buenas palabras que el viento se lleva.

La que acabamos de pintar es la casamentera de buen tono, que mas a menudo suele encontrarse. Otras hay que entran en una categoría mas infima y dan mas pronto a conocer sus intenciones a poco que se las observe. Estas no se contentan con estudiar primero, para aconsejar despues a una joven de que manera se

ha de conducir; extiende su influencia hasta tomar una parte mas activa en la comedia que se representa. Quitanse de tal modo la máscara, que es preciso que un hombre sea demasiado presuntuoso para que no conozca que se le tiende un lazo del cual por su mismo vano orgullo le será muy difícil escapar.

Es usted, - le dice -, el hombre mas afortunado; fulanita no hace mas que pensar en usted. ¿Sabe usted lo que han dado las gentes en decir? Que es usted su novio, porque lo ven siempre a su lado y conocen que es el hombre a quien ella mas aprecia. Si es lo que yo digo, señor, nunca debe una manifestar su aprecio a ningún joven: en primer lugar, porque las tontas, envidiosas de la suerte de otra se ponen a murmurar, y en segundo, porque se vuelven ustedes tan orgullosos en conociéndolo, que no hay quien los aguante.

El tonto, que no advierte el doble filo de este puñal que se le introduce hasta el corazón, se revuelve en su silla mas ufano que un pavo real y deja escapar una sonrisita de íntima satisfacción que da armas a la casamentera para que le siga apretando mas los lazos que le prepara - ¡Así está usted, añade, desde que sabe que es el preferido!. No hay quien lo resista. Y frie un huevito de los que tan oportuno uso sabe hacer una habanera: ¡había usted de dar conmigo, que ya vería como lo había de hacer desesperar, aunque me estuviera muriendo por usted. Mírela usted, - exclama despues al ver la salida preparada de la niña, allí viene ella: encerrada en su cuarto no sale a la sala sino cuando sabe que está usted aquí: ¿qué quiere decir esto? Pero cuidado, agrega incliñándose a su oido en tono de misterio, si va usted a decirle nada de lo que en





75

confianza acabo de revelarles. Vaya, me voy por no ser importuna.

Estas conversaciones han sido acordadas con anticipación por la casamentera y la niña que le deja tiempo suficiente para que haga su papel. Y saben hacerlo por lo regular tan bien ambas, aparentando la una disimulo y confianza con el galán y haciendo creer la otra que nada sabe de lo que acerca de ella acaba la primera de decir, que el incauto se precipita por sí solo en el anzuelo hasta tragárselo entero.



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA